

idénticas en su esencia. Y esta identidad establece de una manera indudable el parentesco de nuestros caracteres y de nuestras inteligencias, puesto que tenemos el mismo concepto de las ideas y de las cosas, y de sus relaciones entre sí; y expresamos estos conceptos por palabras análogas, bajo leyes iguales contenidas en nuestras parecidísimas sintaxis.

Ahora bien, pueblos latinos, hijos de la luz, padres del arte; vosotros, que habeis repetido en la armonía de vuestras lenguas el cántico de vuestra naturaleza, y habeis reflejado en vuestra ciencia el éther esparcido en los espléndidos horizontes y en las marmóreas costas; vosotros, que habeis levantado los grandes monumentos, y puesto sobre las familias fugaces y los individuos perecederos la legion eterna de vuestras estatuas resplandecientes con la aureola de la inmortalidad; vosotros, los héroes, los artistas, los oradores, los navegantes audaces, los que habeis embellecido el planeta, y llegado á tocar con la audacia de Prometeo el cielo, mezclándoos y confundiéndoos con los dioses; debeis considerar que, si unidos por el hierro y por la conquista obrásteis todas estas maravillas, en el período que podríamos llamar instintivo, en el período del sentimiento ciego; hoy, en el período de la reflexion, en el período de la razon, debeis obrar mayores maravillas, resueltos á encarnar la justicia en la vida, y unidos por la libertad y por el derecho.

No es mucho que nuestras respectivas lenguas sean análogas siendo, como son, idénticos nuestros pensamientos y el desarrollo de nuestras inteligencias. La religion hoy no tiene el poder político y la virtud moral que en otros tiempos. Pero la religion ha sido en edades cercanas á nosotros todo el ideal de la existencia, el jugo del sentimiento, la lumbre del hogar, la musa de la poesía y de las artes, la luz de la ciencia, la reina de la política; refugio y consuelo en el dolor, refuerzo y escudo en el combate, sosten y alivio en el

trabajo; la esperanza en otra vida mejor, donde el alma se dilate como el éther, por lo infinito; esa esperanza, tan combatida y tan arraigada, en cuya virtud vemos la inmortalidad á través de la muerte. Y la religion ha sido una en los pueblos latinos. Cinco transformaciones capitales tiene nuestra conciencia religiosa. Primero adoramos la naturaleza y tenemos su culto; despues admitimos el paganismo greco-latino; cuando los dioses paganos caen de sus altares y huyen de sus templos, como de nuestra fé, la doctrina producida por la conjuncion del Dios semita con las ideas helénicas, doctrina llamada cristianismo, abre un nuevo cielo á nuestras esperanzas; cuando los bárbaros se esparcen por Europa, y no basta con la virtud de la fé interior y se necesita una autoridad fuerte, el catolicismo romano se organiza, y sobre sus cimientos se levantan desde nuestras cabañas hasta nuestros palacios; en la primera crisis del espíritu moderno, en la crisis de la Reforma protestante, no abrazamos la nueva religion, casi inspirada en el odio á nuestra gente, pero convertimos los ojos más allá de la Roma católica y buscamos en las antiguas formas y en las antiguas ideas la religion del arte; hasta que viene la última crisis, la suprema, la revolucion, en que, sin saberlo y sin quererlo, movidos por las impalpables ideas, por su misterioso magnetismo, á la religion de Cristo, á la religion del Papa, á la religion del arte sustituimos la religion austera del derecho. Admitiendo y ampliando clasificaciones ya conocidas, podemos decir que las edades capitales de nuestro espíritu religioso se dividen así: Naturalismo, Politeísmo, Cristianismo, Catolicismo, Cisma, Renacimiento, Revolucion.

Yo pregunto ¿en cuál de estas edades nos hemos hallado divididos, separados los pueblos latinos? ¿En cuál de estas edades hemos dejado de creer lo mismo, de sentir lo mismo, de adorar lo mismo? El dolmen cubierto de musgo y de muérdago, bajo la encina secular,

donde se alzaban los holocaustos en la callada noche, al resplandor melancólico de la luna, y se oían las voces de los espíritus que iban por los giros del aire y llenaban las sagradas selvas, no pertenece solamente á las Galias, porque todavía se alza alguno que otro erguido, inspirando religioso terror, así en los desfiladeros de los Alpes como en los campos de las Andalucías y en los escollos de las Balears.

Los dioses que han nacido entre los coros de las islas jónicas, á la vista de las altas montañas del Pindo y del Eta; en el mar, cuya superficie atraviesan fajas de luz, fosfóricas estelas, y cuyas entrañas enriquecen perlas y corales, esos dioses de la armonía y de la hermosura, no solamente son adorados en Atenas, en Corinto, sino en las costas de Sicilia, en el golfo de Nápoles, en los puertos que forman las raices de los Alpes marítimos besados por el Mediterraneo en Marsella, y aquende el Pirineo, en Cataluña, en Valencia, de suerte que como hoy los faros, en la antigüedad los marmóreos templos griegos, se levantaban por las puntas, por los promontorios, por las ensenadas de las costas meridionales de Europa, y proferian sus oráculos y mandaban sus divinos favores á los audaces marreantes al verlos pasar en las naves blancas como cisnes, recibiendo en cambio el humo de los sacrificios, la ofrenda de los ex-votos, y el eco de los religiosos cantares. Por todo el Mediterraneo, por todo ese mar pagano, el fuego sacro á que se acogia la triste Hécuba entre las ruinas de Troya, y que invocaba Alceste en la hora suprema de su próxima muerte, ardía como el alma eterna del hogar; los dioses domésticos se levantaban sobre los altares de mármol, compartiendo las libaciones y la comida de toda la familia; los sepulcros, ceñidos de vegetales y de guirnaldas, recibían el vino, la miel vírgen, la blanca leche, los holocaustos, para que las almas de los muertos no anduviesen errantes por los aires y no enviasen el peso de sus maldiciones y

las flechas invisibles de pestes y de enfermedades á sus descendientes, que se unían con las generaciones pasadas por el culto religioso de la muerte.

Y si el paganismo helénico se extiende por las costas meridionales, el paganismo romano se extiende por casi todas nuestras tierras. No hay sino ver Pompeya, Arles, Nimes, Tarragona, Sevilla, Mérida, Braga, para convenirse de que el espíritu de la antigua Roma penetra desde las piedras de nuestro suelo, hasta las leyes de nuestros derechos. Y cuando el espíritu romano se extingue en larga decadencia, viene á sustituirle el espíritu cristiano en las cuatro naciones latinas. Moribunda Roma entre sus gladiadores y sus orgías; exhaustas las propiedades por la esterilidad del trabajo servil; en armas muchos esclavos de varias regiones, como si columbraran desde sus ergástulas el relampaguear de sus venganzas; hambriento el pretoriano y dispuesto á elevar y destruir Emperadores, segun el impulso de sus caprichos y el alcance de sus armas; voraz el burócrata, que roe como el buitre los huesos de los ciudadanos; canceroso el fisco hasta destruir toda actividad con sus gravámenes y sus tributos; tiránico el censo que impone la capitacion á los muertos, y persigue, y martiriza, y descoyunta á los vivos; convertida la curia de los pueblos libres en la gemonía de la desesperacion donde se presta culto al suicidio; en esta ruina universal, en que un mundo entero llama con grandes clamores en su auxilio la muerte, como Caton despues de Farsalia, y como Bruto despues de Filipos; la creencia en la venida de un redentor que abriera las puertas del cielo á los desesperados de la tierra, se extiende á un tiempo, como fuego subterráneo, por las catacumbas de Roma y por las catacumbas de Lyon; suscita á San Martín en el Mediodía de Francia, á San Ambrosio en el Norte de Italia, á San Fructuoso en las costas de España; y cuenta entre sus héroes la dama romana, que habia dado cinco

fiestas al pueblo y luego la última de su conversión y de su martirio y la pobre alfarera hispalense, arrojada á las aguas del Guadalquivir; tiernos y sublimes testimonios de la nueva trasfiguración á que ha ascendido la humana conciencia.

La renovación material sucede á la renovación espiritual. A fines del siglo cuarto y á principios del siglo quinto la suerte de Italia, de Francia, de España es una misma. Los godos entran en Roma, en Aquitania, en Barcelona. Las monarquías arrianas se fundan sobre los restos despedazados del Imperio romano. Pero el principio salvador de la unidad exige que el obispo de Roma eleve su autoridad sobre todos los obispos en aquel naufragio, y funde con el catolicismo la Ciudad Eterna de las almas. Los vencidos, en odio á sus vencedores arrianos, entran por millares en el regazo de la Iglesia. El principio de la divinidad de Cristo se presta mejor que la herejía arriana al consuelo de los degenerados romanos y á la educación de los jóvenes bárbaros. El clero católico de España, como el clero católico de Francia, recoge las pavesas de la civilización y deslumbra con ellas á los recién venidos de las selvas. El pueblo franco se constituye entre las dos penínsulas, entre Italia y España, para convertirse en el servidor armado, en el brazo derecho de la religión católica. Así el Papa mantendrá el catolicismo en el centro de Italia, Clodoveo en el centro de Francia, Recaredo en el centro de España. Así, aunque Francia se convierte al catolicismo á fines del siglo quinto, y España á fines del siglo sexto, el catolicismo aventajó á la religión arriana en todas partes, porque perteneciendo á los romanos vencidos, cuya cultura era superior á la cultura de los bárbaros vencedores, recogió los restos de la antigua y trazó el ideal de la nueva civilización. La democracia despojada fué católica entre los españoles; el clero romano, víctima de los godos, armó el brazo de los francos, y vertió el agua del bautismo sobre su frente

en Francia; y los Papas protegieron contra el reino de los hereges ostrogodos la libertad, la federación, la República en Italia. Por esta manera se fundó aquella poderosa Iglesia, que encerró en sí el espíritu moderno, como el arca del diluvio bíblico la esperanza de la perpetuidad de la vida; aquella Iglesia que destruyó para siempre la casta y la herencia de las prerogativas sacerdotales con su amplio principio de igualdad; aquella Iglesia que imposibilitó el cesarismo dividiendo en dos los poderes asumidos por una sola persona en los antiguos imperios; aquella Iglesia cuya universalidad de principios completó la idea semítica de la unidad de Dios con la idea estóica de la unidad del hombre, fuente y origen de todas las democracias latinas, tan poderosas é incontrastables hoy como el mismo espíritu moderno.

Y cuando el catolicismo terminó en el siglo décimo-tercio su obra de educación y de progreso, se descompuso y se desorganizó en las tres naciones á un mismo tiempo, después de haber escrito en la *Suma Teológica*, á la cual, á pesar de ser obra de un italiano, habían tanto contribuido España como Francia, el testamento de la envejecida Iglesia. Todos los pueblos latinos disuelven á los templarios que son como las sombras últimas del feudalismo teocrático. Italia vé alejarse de su seno el Pontificado y Avignon lo recibe cautivo. La férrea mano de los francos suelta la sacra lanza de Clodoveo, que vibraba por sí sola á los relatos de la Pasión de Cristo, y abofetea al jefe de la Iglesia. Pedro II de Aragón, después de haber peleado contra los almohades en las colinas de las Navas, muere por los albigenses en las llanuras de Provenza. Pedro III, el hijo de aquel Jaime, á quien los Papas bendijeron, recoge el guantelete de Conradino y reta á muerte al Pontificado. Los santos obran milagros en los altares de Gerona contra los soldados de la Iglesia. Alonso X de Castilla opone al resumen de todas las ciencias teológicas el resumen de todas las ciencias profanas, y

trata de corregir y enmendar la creación divina con el humano pensamiento. Dante maldice á Constantino. Petrarca vé el immaculado cordero convertido en tigre por los pecados de la Iglesia. Santa Catalina de Siena, que se desmaya de amor al ver en sus delirios místicos, la ideal figura de Cristo, se desmaya de espanto y de tristeza, al ver en la realidad la figura siniestra de los Papas. Pedro de Luna extiende sus manos desde la solitaria Peñíscola para maldecir al mundo católico. Gerson declara el concilio superior á los Papas, y á Juan XXIII, que huye de las Asambleas religiosas, como Carlos I y Luis XVI de las Asambleas políticas, opone una democracia y una Convención católicas. Los Franciscanos predicán el regicidio con elocuencia digna de los tribunos antiguos. Las calles de las ciudades, las bóvedas mismas de las Iglesias, resuenan con los decretos que destronan y maldicen á los Papas. Y los chiquillos de Florencia con su educación ateniense, y en su puro toscano comprenden su siglo á maravilla cuando dicen de un Papa, á cuyos piés se había arrastrado toda Alemania en la persona de su Emperador, y á cuya voz se había disuelto el soberbio concilio de Constanza: Papa Martino non vale uno quattrino. Es decir, que los tres pueblos que fundaron el Pontificado, cuando Europa lo necesitaba para domeñar y educar á los bárbaros, rompen, destrozan el Pontificado, cuando Europa entra en la mayor edad, y no há menester la antigua tutela, con lo cual se muestra una vez más la perfecta unidad é identidad de nuestros respectivos pensamientos, lo mismo en la moderna que en la antigua historia.

Y en el Renacimiento se confirma más aun esta verdad indudable. Nosotros no suscribiremos á la protesta alemana, porque tiene cierto sentido estrecho de raza, y se inspira en odio secular á los latinos; nosotros interrumpiremos las consecuencias de todo el gran movimiento de tres siglos contra la Iglesia, á pesar

de que aparecía Savonarola como un albor de Lutero; nosotros ménos teólogos y más humanos que los alemanes y los ingleses, crearemos la prosa y la filosofía francesa, el verbo de la revolución, el sentido comun elevado á ciencia para democratizar y republicañizar los entendimientos y despertarlos de su esclavitud secular á fin de que reclamen sus derechos; doblaremos la historia y completaremos la naturaleza humana, restableciendo las antiguas formas clásicas en los frescos de Miguel Angel, en las estatuas de Benvenuto Cellini, en los cuadros de Rafael de Urbino, en los espléndidos colores del Ticiano, en los matices dulcísimos del Corregio, en los prodigios de Vinci, en los poemas fantásticos de Ariosto, en todos aquellos milagros del buril, de la pluma, del pincel, que vuelven á poblar de dioses la tierra antes desierta, á empapar en la luz de las ideas la conciencia antes oscurecida; y atravesaremos el mar en las naves lusitanas y en las naves andaluzas para ensanchar y dilatar la tierra por el Oriente y por el Occidente, añadiéndole el Asia, el mundo de lo pasado, el archivo de nuestras genealogías, el templo de los dioses; la América, el mundo de lo porvenir, la tierra de nuestros descendientes, la escuela de las democracias, á fin de que el planeta crezca y se perfeccione como ha crecido y se ha perfeccionado el hombre.

La armonía de nuestras inteligencias, y la comunidad de nuestros destinos se conoce más en los presentes que en los pasados tiempos. El siglo último de nuestra historia, el siglo décimo-octavo llevaba á la política, las ideas capitales de la filosofía moderna como el siglo primero llevó á la moral, á la religión, por medio del Cristianismo, las ideas capitales de la antigua Filosofía. El siglo décimo-octavo funda verdaderamente la nueva sociedad y difunde el ideal luminosísimo del derecho. Los poderes más fuertes se quebrantan y flaquean; las supersticiones más arraigadas huyen, se desvanecen; el sentimiento de la naturaleza nos penetra con su dulcísimo color; la idea de la

libertad nos eleva á nuestros propios ojos; destrúyese el tormento y cae al rayo de la nueva luz; álzase la idea de la Humanidad sobre todas las ideas: á la inquisición sucede la tolerancia religiosa, al concepto asiático del derecho divino el moderno concepto de la soberanía nacional, á los reyes-pueblos los pueblos-reyes, á la teología la ciencia; llega al seno de la tierra el fuego que arde en la mente, y de vinculada que estaba, de feudal que era, se democratiza en las nuevas formas de la propiedad; y desde el fino análisis de Voltaire que destruye con su ironía los antiguos ídolos hasta la palabra tonante de Mirabeau, que enciende la nueva vida, y dá su voz, digna de resonar por lo majestuosa en las tempestades del Sinaí, á la revolución francesa, el mundo se ha trasfigurado y un nuevo espíritu, el verdadero espíritu moderno, ha caído sobre los huesos del hombre, y sobre las instituciones de la sociedad.

Dos períodos tiene el siglo décimo-octavo, uno que empieza á fines del siglo décimo-séptimo, el período de la revolución iniciada por los reyes y otro que llega hasta comienzos del siglo décimo-nono, el período de la revolución iniciada por los pueblos. Así como en el siglo décimo-quinto la dirección moral de nuestra raza pertenece á Italia que engendra con maravillosa fecundidad sus legiones de artistas; y en el siglo décimo-sexto á España que engendra sus legiones de héroes fabulosos, de navegantes legendarios, de conquistadores infatigables; en el siglo décimo-octavo, pertenece á Francia que engendra sus legiones de reveladores filósofos. La conciencia está preparada por las inspiraciones de Italia, la tierra preparada por los descubrimientos de España; entra, pues, lógicamente y legítimamente en escena, la idea de Francia que ha de producir la revolución. En los comienzos del pasado siglo esta idea sube á las cimas de los tronos. La monarquía, que desde sus primeros triunfos sobre el feudalismo allá en la Edad Media pugna por desasirse

también del yugo de la Iglesia, comienza por la destrucción de los templarios, las milicias feudales del Papa, y concluye por la destrucción de los jesuitas, los ejércitos permanentes del Papa. Después de haber hecho al Estado uno contra la aristocracia, al Estado laico contra la Iglesia, nada le queda por hacer, y como todos los seres, cuyo destino se ha cumplido, muere, desaparece.

Cuán análoga fué la suerte de los pueblos latinos en esta época. Los Borbones de Francia, de España, de Italia, los Braganzas de Portugal se declaran enemigos de Roma. Mientras aquellos se apoderan de algunas posesiones del Papa con gran desacato á su autoridad terrena, estos intentan desconocer hasta su autoridad espiritual. Por fin la expulsión de los jesuitas sobreviene como si una sola idea y una sola voluntad dirigiese á todos los pueblos latinos. El Papa Clemente XIV, miembro de la orden que dilató la democracia en la Iglesia y que rompió los estrechos círculos del dogma; miembro de la orden de los franciscanos; devoto á la filosofía, cuyos vapores se subieron á la cabeza de los reyes; más digno de pertenecer á la religión humanitaria de los francmasones que á la antigua religión de los monges; adulado y ensalzado por Federico de Prusia, por Catalina de Rusia, por el duque Gloucester de Inglaterra, se niega y se combate á sí mismo, vive persiguiendo á los jesuitas, reina para disolverlos, y los infama atribuyéndoles hasta su misteriosa muerte.

Así la cátedra de la filosofía se eleva mucho más que el trono de los reyes y el sacro altar de los santos. Voltaire consigue lo que no había conseguido la Paz de Westphalia, con ser un tratado internacional, con ser la base del derecho europeo, la revocación práctica del Edicto de Nantes, la tolerancia con los calvinistas, victoria de su elocuencia. El lusitano rey José protege al revolucionario Marqués de Pombal, que sustituye á los conventos las Universidades, á los jesuitas los catedráticos; que descabeza á los no-

bles como cualquier monarca revolucionario de la Edad Media; que, después de haber quemado á un fraile, apaga las hogueras y suprime los Autos de Fé. Fernando VI de España prohíbe que sea refutado Feijóo, el fraile que analizaba con su fina crítica todas las supersticiones, y expulsaba del seno de la naturaleza todos los milagros. Carlos III, amparando á Floridablanca y Aranda, á Jovellanos y Campomanes, ampara la ciencia de su siglo, y renueva la conciencia de España. En Milan Beccaria cambia las bases del derecho penal, lo humaniza en el pensamiento de la Filosofía moderna y Volta anima con la electricidad los nervios y la vida. En Toscana los gobiernos arrancan el fuego á las manos del inquisidor, el hacha á las manos del verdugo, la enseñanza al clero ultramontano, y extienden los beneficios de la instrucción pública á todo un pueblo que recuerda por su ingenio la antigua Atenas. Parma admite de primer ministro á Dutillet, un remedo de Pombal, de Aranda, de Choiseul, y educa á sus príncipes herederos en la filosofía del sensualista Condillac. Nápoles, la católica Nápoles, se resigna á tener en Tanucci un ministro enciclopedista y oye á Filangieri que prepara una revolución profunda en el derecho. Hasta la piadosísima Saboya, que parece vincular el génio sombrío de la antigua España, llama á sus siervos á la vida de la libertad, y arranca la jurisdicción política á sus obispos feudales. La elocuencia de Rousseau, espléndida como un diálogo de Platón, música como una oda de Píndaro, infunde el sentimiento de la naturaleza y de la libertad; recuerda que el amor no reconoce ni privilegios ni castas; impulsa á las madres á dar á sus hijos la leche de sus pechos y las ideas de su alma, afirmándoles que Dios les ha reservado el más glorioso y el más santo de todos los ministerios; la nutrición y la educación de la infancia. Así no es maravilla que Franklin, el hijo de la naturaleza, arrastrara con sus francas palabras á

las viejas sociedades; que la colonial España y la monárquica Francia fueran á fundar la independencia y la República en el suelo de América, sin presentir ni prever que iban á deslumbrar á sus viejos vasallos con los prestigios increíbles de aquella naciente democracia.

Y la revolución, necesaria consecuencia de toda la filosofía del siglo décimo-octavo, estalla en los cuatro pueblos latinos, aunque de manera diversa, y por contrarios procedimientos. Cuando Francia, engañada y vendida por sus reyes, se levanta á la República, nosotros nos perdemos en la incertidumbre de los pueblos monárquicos, que corren á destruir la nueva sociedad y á extinguir la nueva idea. Pero cuando Francia cae en el Imperio, nuestros reyes nos venden; nos traspan al conquistador francés; y como protesta, fundamos aquella República práctica, regida por una Asamblea soberana, que defiende la independencia nacional, y echa las bases de nueva y poderosa democracia. Italia experimenta nuestra misma incertidumbre y nuestras mismas angustias. Los recuerdos de su papa-rey, de su Imperio ausente, de su clero, de sus dioses, luchan con los recuerdos de sus repúblicas, de sus libertades, de sus democracias. Ya se arroja en brazos de la reacción; ya sigue á los soldados de las revoluciones. Pero, en último resultado, atravesando peripecias más ó menos dramáticas, entre incidentes más ó menos contradictorios, cayéndose y levantándose como tomada del vino nuevo; ya en República, ya en Imperio; sumida unas veces en el sueño de la reacción, enamorada otras del ideal moderno; suspensa entre el Cristo histórico de los frailes y el Cristo humanitario de los francmasones; la familia italiana siente circular la idea de la revolución por su alma, con la misma fuerza que la sangre por sus venas. En todas partes pues los reyes absolutos se van, los parlamentos liberales vienen; la inquisición se apaga y la prensa se enciende; el